# V e n y m i r a

## Geovannys Manso

Novela

*Para ti, Lisy*

*y para ti, Dylan Humberto:*

*estos sitios perdurables a los*

*que hemos de regresar*

*con nuestra mirada plena de luz.*

*Nadie pensó nunca en lo que hay más allá*

*del río de mi aldea.*

Fernando Pessoa

*Vivirás en un mundo forjado por ti*

*y no en el mundo que quieren imponerte*

*quienes no saben, siquiera,*

*por qué viven ni para qué viven.*

Alejo Carpentier

Kramer vs. Kramer

Todo divorcio —si se respeta— se convierte, tarde o temprano, en la Protesta de Baraguá.

Allí están mis padres, María Virginia y Alejo.

Él, quiere que cesen las hostilidades, pero mi madre, la Titana de Bronce —como Antonio Maceo—, repite hasta el cansancio: «Guarde esos documentos. No quiero saber nada de ellos». Mi padre, es decir, Arsenio Martínez Campos, contesta: «Entonces, ¿no nos entendemos?» Y ella, orgullosa: «¡No, no nos entendemos!»

Por suerte para la historia de Cuba la famosa protesta ocurrió un día, a una hora determinada.

En mi casa, cada veinte minutos, se reúnen Antonio Maceo y el tal Arsenio y repiten aquello de «no nos entendemos».

Desde entonces me ha dejado de interesar la historia.

Si la maestra Elena de las Mercedes Encendida del Pinar y García habla de la Guerra de los 10 años, me hago el loco. Si comenta algo de Martí y de su desembarco por Playitas de Cajobabo, silbo o me como las uñas. Si por casualidad menciona la trascendencia histórica que tuvo, tiene y tendrá la susodicha Protesta en los mangos de Baraguá, pido permiso, salgo del aula y me escapo al cañaveral más cercano, tomo una guardarraya y allí me quedo toda la tarde.

Delante de mí no se puede hablar de la Protesta de Baraguá.

Es como si me dijeran bicho feo, orejón, o cualquier otro nombrete.

No sé cuándo comenzó “la protesta”.

Sólo sé que un día, sin esperarlo, mi madre María Virginia se personificó en nuestra vivienda —cita en la granja cañera Jutiero, una de las más productivas del pueblo de Vueltas— con un carpintero de cuyo nombre no quiero acordarme y le ordenó:

—Quiero una pared bien alta que vaya de este horcón a ese otro. Si llega al techo, mejor.

El carpintero de cuyo nombre no quiero acordarme tomó tablas, martillos, puntillas, y antes de que yo pudiera preguntar «¿a qué viene esta pared divisoria, María Virginia?», levantó el muro de Berlín ante nuestras propias narices. Una pared altísima, donde no quedó ni una rendija, ni una solita.

Mi madre dijo que había quedado perfecta.

El carpintero sonrió, al comprobar la perfección de su obra y se fue por donde mismo vino, sin decir su nombre.

Ella tomó una libreta y escribió:

Para Alejo: cocina, comedor y baño

Para mí: sala, portal y los dos cuartos

Maximiliano: com-par-ti-do.

Así, Alejo se convirtió en *el padre de mi hijo*, en *aquel*, en *ese*, en *fulano*, en *mengano*, en *sutano,* en *el que te engendró*.

Todos aquellos epítetos que resonaban por cualquier esquina de la casa y que me gustaban tanto, desaparecieron. No más *Alejito*, no más *el hombre de mi vida*, *mi querer*, *mi héroe*, *vida mía*.

No más nada.

Sólo silencio.

Turbio como los filmes silentes de Chaplin.

Mi padre me explicó:

1: que cuando dos adultos descubren que no están hechos el uno para el otro, deciden separarse.

2: que el matrimonio no es infinito.

3: que él seguiría siendo mi padre aunque tuviera que mudarse a la estepa soviética.

Mi madre confesó:

1: que en los años que le quedaban de vida no volvía a casarse jamás.

2: que todos los hombres eran iguales.

3: que cuando creciera lo pensara seis millones de veces antes de hacerlo.

Le contesté que mi matrimonio estaba pactado para el 21 de abril de 1992 (dentro de diez años) pues mi novia Tamara cumplía sus dieciséis en esa fecha.

—¿Y dónde vas a vivir?

—¿Dónde va a ser?, con mi abuelo Humberto. Dijo que fabricará un barentierra precioso, con dos hamacas de estambre, un pozo de brocal y un jardín con doce mil tipos de flores diferentes.

—Tu abuelo y tú fueron cortados por la misma tijera —murmuró ella.

Busqué la herida en alguna parte de mi cuerpo, pero no recordé haberme cortado con ningún objeto filoso.

—No te hagas el bobo, Maximiliano. Tú sabes que es una frase popular que significa...

—Sí, ya sé. Que mi abuelo y yo somos dos románticos empedernidos.

—Eso mismitico.

El divorcio de mis padres evolucionó de la Protesta de Baraguá hasta transformarse en la frontera de la Base Naval de Guantánamo: cero diálogo, cero entendimiento.

Quedé convertido —*ipso facto*— en el mensajero de ambas partes:

«Dice *la madre de tu hijo* que le debes el mes de mantención».

«Dice *el padre de tu hijo* que esta noche se lleva al niño para casa de su abuela».

«*Fulana* te advierte que el agua va a correr por los cuatro costados de la casa».

«Tu *ex marido* te pide de favor que bajes la radionovela, que no le permites dormir el mediodía».

«*Aquella* te advierte que ni se te ocurra quedarte con la cuota de café de tu hijo».

«Comentó *ese* que no sabe cómo se pudo enamorar de una tipa tan problemática y pleitista».

Fue una etapa extrañísima.

Llena de sobresaltos y temblores.

Plena de razonamientos medulares en mi conciencia.

Preguntas como ¿no será el matrimonio un rasgo seudoburgués que pierde de forma acelerada su vigencia en nuestra sociedad socialista?, ¿qué bicho, qué virus, que micoplasma le habrá picado a mis padres para que decidieran divorciarse con tanta premura?, ¿podré convencerlos y derribar —de una vez y por siempre— aquel muro ignominioso que divide a nuestra familia en dos partes desiguales?, me animaron a tomar ciertas iniciativas.

Muy a sus pesares, expresé a viva voz:

Madre, Padre, Viejos, Progenitores míos:

No sé qué se traen entre manos, pero su único hijo los conmina a hacer las paces, a recordar esos hermosos días cuando juntos visitábamos la playa “Juan Fanguito” para divertirnos y divisar en familia aquellos imponentes atardeceres.

Recuerden que un hijo de padres divorciados está a expensas de sufrir innumerables trastornos emocionales durante su adultez, también mientras es un niño, como es mi caso. Su divorcio sólo ha traído desgracia y sufrimiento a este núcleo familiar. Les doy 24 horas. Así que razonen y retornen a nuestra habitual rutina, donde siempre imperó el amor y las cosquillas.

Aquel discurso fue el mayor disparate del mundo.

En mala hora le hice caso a mi abuelo Humberto y a mi abuela Isabel. «Háblales con el corazón en la mano», dijeron. Casi pierdo todos mis órganos internos en aquella arenga y nada.

Mi madre-*fulana* acusó a mi padre-*ex marido* de semejante “intentona” reconciliatoria.

De igual modo, mi padre-*ese*, fustigó a mi madre-*aquella* por utilizar al niño en su contra.

Tanto problema trajo aquel documento que mi padre anunció que en cuanto el gallo cantara, se iba. Que no aguantaba ni un día más cerca de *la madre de su hijo*.

María Virginia confesó que eso era lo mejor que hacía *aquel*, para quedarse con la casa entera, pues ya extrañaba la cocina, el comedor y sobre todo, el baño.

Para colmo de males, el maldito gallo cantó más temprano que de costumbre. Finalizada su labor de despertar a todos los granjeros de Jutiero, casi de madrugada, vi a mi padre desaparecer en el terraplén.

Le dije adiós un millón de veces, pero él no pudo verme, pues una nube de polvo lo cubría todo, hasta mi propio adiós.

Si algo sobra en Jutiero, es polvo. Siempre he creído que cuando nuestra granja tenga su escudo, en vez de un gorro frigio, debe tener una inmensa nube de polvo.

Lloré tanto que perdí cuatro libras de peso, reclamando a mi padre, sus cosquillas y sus regaños.

Sólo me contuve quince días después cuando recibí su primer telegrama:

No llores Maximiliano.

Paso a recogerte mañana para que

conozcas el batey Sagua la Chica.

Un sitio inexplicablemente hermoso.

Una cosquilla en el sobaco

De tu padre.

Encontré un montón de postales que mostraban otro montón de ciudades de todo el mundo: Estalingrado, Moscú, Ámsterdam, Varsovia, Praga, Nueva York, Buenos Aires, Vueltas y me pregunté si Sagua la Chica no sería similar a aquellas ciudades deslumbrantes con sus torres, sus canales, sus campanarios, sus catedrales, sus fuentes. ¿Cómo puede ser un sitio inexplicablemente hermoso?

No lo confesé nunca, pero aquella noche no dormí.

Si tu padre te dice que vas a conocer casi de inmediato un sitio inexplicablemente hermoso, hermoso inexplicablemente, lo menos que puede hacer su hijo es no dormir, digo yo.

Y eso fue lo que hice.